

20, enero, 2005

A los profesionales de la salud

Amigas y amigos:

En la fiesta de la Virgen de Lourdes, en nuestras comunidades parroquiales se recuerda de modo especial a los enfermos y se renueva el compromiso de estar cerca de ellos, como lo hacen los sacerdotes, los capellanes, tantos religiosos y religiosas y un número abundante de voluntarios generosos.

Y cerca del enfermo, como vocación, como profesión, estáis todos vosotros. Me vais a aceptar que os salude, de modo especial, en este día. Y más, cuando el Secretariado Diocesano de Pastoral de la Salud, me dice que en el objetivo de esta Jornada estáis vosotros. Y el lema, que se nos propone, es afirmar que “os *necesitamos*”.

Mi primera palabra es de admiración hacia vosotros. En vuestras manos, en vuestra carga de humanidad, en vuestra ciencia y estudio riguroso ponemos nuestra salud, nuestra vida, el valor primero y más preciado. Manejáis la vida. Amáis la vida. Defendéis y cuidáis la vida. Lucháis con todas vuestras fuerzas contra la muerte, hasta que no podéis más. Un médico no trabaja a favor de la muerte. Resistís cara a cara contra la muerte, aunque tenéis que aceptarla también vosotros como realidad hondamente humana.

Debe ser impresionante tener en vuestras manos la vida humana, tocarla tan de cerca. Permitidme que, como cristiano, os diga que me recordáis a Jesucristo, que dijo de Él que había venido a curar. Y lo hizo, de muchos modos, en repetidas ocasiones. Se encaró a la muerte. Y la venció.

Además cuando enviaba a predicar, repetía siempre el encargo de curar a los enfermos y devolver la libertad a los posesos del diablo.

Os necesitamos. Lo estamos viendo ahora en grandes titulares en esta horrible catástrofe. Ahí estáis, porque os necesitan. No es la primera vez que el médico, ha dejado todo y hasta se ha jugado la vida.

A mi palabra de admiración uno mi palabra de *aliento* y de *acción de gracias*. Con nada se paga salvar una vida. Y habéis ayudado a vivir a muchos. Porque muchos de nosotros ya hemos confiado lo mejor que tenemos a vuestra ciencia y humanidad. Nos habéis anestesiado y en nuestra incoscienza habéis protegido nuestra vida del acecho de la enfermedad grave.

Me atrevo a pensar que para ejercer vuestro impresionante trabajo necesitáis una dosis grande de humildad ante el misterio de la vida, para reconocer también vuestros límites, y para que nosotros aceptemos, junto a vuestra enorme responsabilidad, vuestra imposibilidad para llegar, en todas las ocasiones, a la restitución de la salud.

“Os *necesitamos*”. Lo vuestro es poner humanidad en un mundo tantas veces áspero; y decir con todas la fuerzas que amáis y defendéis la vida humana.

Termino mi carta evocando la memoria de un médico querido y recordado en Alicante, pediatra, D. Pedro Herrero. Hemos pedido al Papa que conozca su vida, que reconozca su trabajo de médico, ejercido con pasión y esfuerzo y con el empuje que le daba su fe. Sería otro doctorado para D. Pedro, el doctorado de “*Santo*”.

A cuantos vivís para defender nuestra vida mi saludo amigo, a la vez que os digo que podéis contar con nosotros. Cordialmente,